

mar amenazadora una osada barquilla que traía al conde Woronzoff á quien hallé como siempre, amable, bueno, afectuoso, rejuvenecido por la felicidad de cuanto le rodea, y que llevaba impresa en su bella y tranquila fisonomía, la paz de una alma dichosa á fuerza de derramar beneficios. El recibimiento del conde me penetró de gratitud tanto por mí como por mis compañeros, á quienes se presentó con esa cordialidad generosa que se oculta bajo la apariencia mas natural y sencilla.

A pocos momentos tomamos tierra, y fuimos perfectamente alojados en una fonda que corre por cuenta (¡oh vanidad de las grandezas humanas!) del Sr. Bartolucci, antiguo *basso cantante* del teatro de Odesa.

CAPITULO VI.

CRIMEA.--TAGANROCK.--NOVO-TCHERKASK.

Pocas posiciones hay tan pintorescas como la de Yalta, cuyo puerto, más que tal es un adorno, y cuyas casas están al abrigo de las altas montañas que forman la cordillera de Yaila. Edificada Yalta sobre el terreno de una antigua ciudad griega de bastante importancia, ocupa toda la parte septentrional de una bahía muy espaciosa y abierta entre el cabo Nikita al Norte, y el Ai-Todor al Mediodía. Esa rada, circuida de bellísimos paisajes, está perfectamente abrigada por un lado, al paso que hácia el otro se halla espuesta á los vientos, y á la mar gruesa que viene del Sudeste, cual acontece en Odesa; y aun despues de calmados los vientos, las olas continúan por mucho tiempo conmovidas en la bahía, y las arenas arrancadas del fondo por el mo-

vimiento de las aguas, van estrechando ese fondeadero, poco cómodo de suyo. El puerto de Yalta no será nunca, por mucho que se haga, un puerto marítimo de importancia, ni pasará de uno de esos abrigos momentáneos en que los marinos se detienen por corto tiempo y en un apuro, y en donde á despecho de enormes gastos no podrian los buques mayores permanecer por largo espacio. De todos modos, Yalta no deja de ser un punto interesante, como aposentamiento de todas las personas notables que pueblan la costa meridional durante el verano.

En materia de edificios públicos no le faltan los necesarios, como aduana y casa de correos; hay además arquitecto, boticario, y muchas tiendas colmadas de todos los halagos de la gula, que es en el país una pasión verdadera. La fonda principal se llama *La Città d'Odesa*, tiene toda la elevación y las circunstancias que distinguen la fonda decente del vulgar figon; y para este objeto ha sido construida por orden del conde de Woronzoff una casa dispuesta con gusto y adoptada á su hospitalario destino, cosa bastante rara en esos países. El verdadero huésped de esas playas es el conde, quien no ha echado en olvido ninguno de los pormenores que en ese largo jardín de la costa meridional pue-

den ser agradables al viajero. Construida la fonda se necesitaba un mayordomo, y para ocupar ese puesto el Sr. Bartolucci, excelente *basso cantante*, dejó la escena de Odesa, y se vino á Yalta á encargarse de un papel enteramente nuevo, y que desempeña también á satisfacción del público.

Al día siguiente, los carruajes enviados por el conde de Woronzoff nos trasladaron á Alupka. El camino que conduce desde Yalta á esa bellísima posesión sigue la playa que circuye la bahía, y luego se eleva por medio de una cuesta suave hasta las primeras colinas que dominan el mar por la parte de Oeste. Desde allí va á parar al pié de las rocas de Yaila, que se levantan cual una pared de mil ochocientos piés desde Yalta hasta el cabo Ai-Todor. El camino es llano y cómodo, de suerte que los carruajes lo traspasan con bastante celeridad. Al llegar á la región media de las montañas comienzan á verse en los costados del camino casas de campo, cuya caprichosa construcción está llena de gracia. Aquí se descubre una que es un pequeño palacio asiático, con celosías y chimeneas á manera de minaretes: mas lejos aparece un elegante casar gótico, ó bien una fresca cabaña inglesa; todo sembrado de hiedras, y cubierto de verdura que tiene una larga primavera. Algo mas lejos asoma

una ligera habitacion de madera barnizada, y casi oculta entre sus vastas galerías. Hacia un lado torrecillas blancas y esbeltas, al otro algunas ruinas, en todas partes árboles, arrastraderas, agua que salta, guirnaldas de escaramujos, ramos de purpúreas dalias, tal es el camino que recorre el viajero, serpenteando durante quince verstes por el costado de los estribos del Yaila; á la izquierda se despliega y brilla un mar sin límites, y á sus piés se inclinan á lo lejos las verdes quebradas cubiertas de quintas, lozanos viñedos y sendas caprichosas. Todo el camino tiene una barandilla pintada de blanco, que si bien ligera, basta para impedir que se le vaya á uno la cabeza durante ese rápido trayecto. En todas partes ve el viajero peñas suspendidas sobre su cabeza á una altura de mil piés, dejando escapar de sus grietas una rica vegetacion que flota libremente al aire: ¿mas quién no conoce que es imposible describir esos bellísimos y frescos cuadros?

Allí tuve uno de esos momentos que gracias á Dios, no pueden analizarse. Uno mira y admira, mas no piensa luchar por medio de la palabra escrita contra esas deslumbradoras bellezas del paisaje, y por otra parte yo no era un viajero caprichoso, y menos viajero político. Mi visita al conde

Woronzoff tenia un objeto serio y útil, deseaba llegar pronto al pais inmediato al Don, en donde no habrá olvidado el lector que debia estar instalada una parte de mi espedicion bajo las órdenes de M. Le Play. Parecíanme horas los instantes que tardaba en ir á juzgar por mí mismo de la realidad de nuestras esperanzas, y á seguir los adelantos de mis compañeros en el estudio que era objeto del viaje. Si fuí á Alupka, no fué con ánimo de abandonarme como un egoista á esa fugitiva poesía que allí se me presentaba, sino de marchar mas pronto á mi objeto, y por ello no quise pasar más de un dia entre los encantos de esa deliciosa vida. Estaba resuelto á huir en la misma noche de esa hospitalidad dulce: las gracias de los dueños de la casa, la brillantez del cielo, la magnificencia del pais, eran otras tantas seducciones que habia de vencer: y la resistencia es difícil, sobre todo, cuando se trataba de arrojar otra vez á esas llanuras que no tienen confines. Sin embargo, debo hacerme justicia á mí mismo: resistí.

Ofrecer mis respetos al conde Woronzoff, y darle las gracias en nombre de mis compañeros y en el mio, esto podia hacerse en un dia, y en un dia lo hice. El conde, que conoce perfectamente el corazón humano, comprendió el sacrificio que yo hacia

á mis deberes: recibió á mis camaradas extranjeros con aquella afectuosa cortesanía que le granjea el afecto de todo el mundo, y fué desde aquel momento su guía y su protector. No es difícil conocer que contando con ese generoso patrono, les dejé continuar, según les pluguiera, la minuciosa visita que deseaban emprender por esas interesantes comarcas. El día se pasó con rapidez extraordinaria en medio de una reunión numerosa y escogida. Después de echar una ojeada á los agrestes jardines de Alupka, al magnífico palacio oriental que el conde terminaba por entonces con la esperanza de recibir la visita de una persona augusta, que quería recompensar de este modo las fatigas del ilustre conde, me despedí de este noble caballero, no sin haber recibido del mismo bondadosos consejos para mí, y benévolas promesas en favor de los camaradas que se quedaban.

La noche iba ya muy adelantada, cuando tomé el camino de Yalta, en compañía del conde Galateri, edecan del gobernador general, en quien reconocí muy pronto un guía tan afectuoso como adicto, y que venia á acompañarme en la rápida campaña del Don. También me llevé á Yalta, á fin de darle instrucciones al que debía reemplazarme entre sus compañeros, quienes, á fuer de viajeros me-

nos espertos que él, imprevisores como un sabio viejo, entusiastas cual verdaderos artistas, necesitaban una prudente tutela. Dí el encargo de ocupar mi puesto como piloto de la caravana á Sainson, el viajero mas entusiasta de todos los viajeros.

Alupka, cual un lugar privilegiado, gozó durante todo el día de una temperatura caliente y apacible; mas no sucedia otro tanto en Yalta, en donde bramaba el viento, y las encrespadas olas de la bahía hacian difícil la comunicacion de tierra con el *Pedro el Grande*, en donde estaba cautivo mi carruaje. Esperar que el tiempo calmara era cosa larga, y ademas toda tardanza era imposible. Los vientos, decia el capitán, verdadero lobo marino inglés que entendia la materia, podian continuar con violencia muchos días; por lo cual, abandonando el carruaje que el vapor debia trasportar al día siguiente á Kaffa, tomé hasta esa ciudad un telego de posta, tosco y rápido carruaje nacional.

Hay tal aire de parentesco entre ese carruaje y el carusi válaco de que tengo hablado, que hace superflua una descripción minuciosa; no obstante, es justo decir que el telego es menos malo, pues que en él está uno cómodamente en la lancha pajaza que llena la caja donde va el viajero sentado. En caso necesario dos camaradas pueden ir de frente

encima de la montaña de capas y cubiertas que en defecto de banqueta amontonan en esa viajadora artesa, con lo cual puede cada uno apoyarse en la espalda del vecino en los malos pasos á que el telego se lanza á merced de los dos fogosos caballos que lo arrastran.

Delante de la máquina, y sin mas asiento que una angosta tabla, se coloca el cochero, que no cesa de hablar á los caballos; y la última distincion entre ese carruaje y el carussi válaco, y la que da al primero una superioridad incontestable es, la campanilla colgada en la punta de la lanza, en la cual se bambolea con no poco ruido, cual para recordar de continuo al viajero, que el sueño en tan peligroso asiento seria muy imprudente. Al atravesar una ciudad se quita la campanilla, sin duda por consideracion á los oídos de los habitantes. En tales carruajes, viajeros sin número, oficiales, agentes, correos, empleados del gobierno, recorren continuamente el imperio, galopando dia y noche, atravesando millones de verstes, replegados sobre sí mismos, sin otro abrigo que una capa destinada á resguardar del sol, del polvo, del barro, del viento y de la lluvia. El lector puede discurrir cuál debe ser su constitucion para que resista á tantos contratiempos.

En menos rato del que he necesitado para pintar ese sencillo y primitivo carruaje, habiamos subido dos largos y tortuosos rodeos del valle de Yalta, y corriamos con una rapidez extraordinaria por el hermoso camino abierto en el costado de las montañas, que desde tanta altura domina el mar dirigiéndose hácia el Este. Salimos á medio dia, y en aquella época del año, que era el 1-13 de Agosto, no es difícil formarse una idea del calor que debia achicharrarnos.

En menos de una hora los intolerables rayos del sol quemaron nuestros rostros, de modo que hubo de conocérsenos por mucho tiempo. Desaparecieron rápidamente ante nuestros ojos Nikita con sus hermosos jardines, Masandra y su rico viñedo, Aiu-Danil y todo su pintoresco camino hasta llegar á Aiu-Dagh. Ese inmenso promontorio se avanza tanto dentro del mar, que el camino renunciando á darle vuelta, se mete en un segundo plano de montañas en donde, por la gracia de Dios, se encuentran frescos y deliciosos rincones, grandes árboles, frondosos bosques, cascadas y todos los maravillosos é interesantes accidentes que tanto buscan los pintores, quienes no pueden negar que en esos sitios la Crimea triunfa de la misma Italia. Este bello pais tiene por límite Aluchta, pueblo medio tártaro y de

bastante importancia. Allí cerca viene á morir en la mar un valle considerable, y en este punto el camino abandona la costa para meterse en el interior de la Taurida y dirigirse hácia la parte central en que se halla Sympheropol. Al principio es necesario subir porque el camino sigue las pendientes inferiores del Tchadir-Dagh, montaña verdaderamente majestuosa, la mas elevada de Crimea, cuya cima "en tabla" como dicen los geógrafos, reconocen al punto los buques del mar Negro, y que hácia el Norte domina toda la estension del páramo, verdadero mar de polvo desde donde las caravanas tártaras la saludan á distancia considerable.

Cuando el modesto carruaje hubo ganado esas imponentes cuestas, vimos que el pais se hacia muy pintoresco á medida que bajábamos hácia la vuelta septentrional del Thadir-Dagh: la vegetacion disminuye y termina en el confin de las llanuras en las cuales no se encuentra sino oculta en el fondo de las quebradas, y en las márgenes del Salguir. A pesar de todo, esa naturaleza es rica y hermosa. Salpican el pais algunos pueblos, y entre ellos el de Sultan-Mahmud dejó un recuerdo indeleble en mi memoria por una numerosa horda de gitanos acampados en las inmediaciones del mismo. Es imposible formarse, sin salir de Europa, una idea mas

completa de las tribus salvajes á que deben su poético atractivo las relaciones de los navegantes. Toda la tribu poseia apenas algunos harapos: los niños y los adolescentes, olvidados en ese reparto de andrajos hereditarios, no parecian sufrir por ello. En todos los pueblos se encarnizaban en persecucion nuestra, bandadas de perros incómodos hasta un punto indecible. Llegamos finalmente á Sympheropol, capital hoy dia de la Crimea, y del gobierno de la Táurida. Si el viaje fué pronto, la prueba habia sido terrible: así es que aceptamos con gratitud muy grande el ofrecimiento que de su carruaje nos hizo el gobernador civil M. Murunzoff para que nos trasportara hasta Kaffa.

Aunque Sympheropol dista ya de las montañas, no se halla todavía en el páramo, y sus alrededores, surcados por algunas quebradas en donde la frescura de las aguas sostiene la vegetacion, no carecen de terrenos favorables al viñedo; y el valle del Salghir, que se estiende hácia el Norte, es notable por la belleza de su arbolado. Está la ciudad dividida en dos partes, el antiguo Ak-Metchet de los tártaros con sus callejones angostos, populosos y guarnecidos de tiendas de toda especie y clasificadas, segun las profesiones, al estilo oriental; y despues la ciudad nueva, en la cual se echan de ver la